

Ander Gurrutxaga y Auxkin Galarraga

Fábricas del futuro. Conocimiento social y tecnología

Madrid: Plaza y Valdés, 2017, 250 págs.

En el nacimiento de la sociología el estudio del cambio social jugó un papel central. La teoría sociológica clásica no se entiende sin la preocupación intelectual por las transformaciones sociales derivadas de las revoluciones políticas, el desarrollo de la urbanización y el nacimiento del capitalismo industrial durante el siglo XIX y principios del siglo XX (Ritzer 1993; Baert y Silva 2010). Sin embargo, buena parte de la producción sociológica a partir de la II Guerra Mundial se construye privilegiando los estudios sobre el orden, la estructuración o la reproducción social, haciendo menos énfasis en los procesos de cambio social y cambio histórico (Ramos 1994). Esto no quiere decir que los sociólogos de la segunda mitad del siglo XX no tengan en cuenta el cambio, sino que, como escribe Martín Criado para el caso de Bourdieu, “no se trata de describir un estado concreto de la sociedad (...), sino la estructura subyacente a todas sus variantes” (Martín Criado 2013: 138)¹.

Con todo, las transformaciones estructurales y culturales que se han ido asentando y profundizando durante el siglo XXI han obligado a la sociología a atender de nuevo el cambio social y, al mismo tiempo, replantear parte de las

¹ No obstante, en este periodo hay brillantes excepciones entre las que destaca la obra de Norbert Elias, especialmente en *El Proceso de civilización* y *La sociedad cortesana*. A partir de sus investigaciones sobre los procesos de cambio histórico, Elias critica la escasa atención que la sociología ha prestado a los hechos y épocas históricas, así como la ausencia “de un aparato conceptual apropiado para el estudio de lo histórico en el que se prime metodológicamente la diacronía, el devenir y el carácter procesual de la realidad social (Ramos 1994: 35). Según Ramón Ramos, esta protesta teórica, que luego ampliará la sociología histórica de Tilly, Skocpol y Mann, renueva profundamente los estudios sobre el cambio en sociología (p. 28).

categorías, modos de pensamiento y objetos de estudio heredados de la teoría clásica del cambio y de la sociología contemporánea².

Fábricas del futuro. Conocimiento social y tecnología, de Ander Gurrutxaga y Auskin Galarraga (Universidad del País Vasco)³, afronta la exigencia de comprender las propiedades del cambio en la sociedad actual, y lo hace, además, en un contexto donde el *cambio* como objeto de estudio ha pasado de ocupar una posición secundaria a convertirse en uno de los ejes centrales del debate intelectual en general. No obstante, este nuevo interés por el cambio no impide que los autores salgan ilesos del envite y aporten un análisis sólido, coherente y con elementos novedosos. Para ello, utilizan un enfoque acertado que hunde sus raíces en Weber (1988): examinar las bases culturales, sociales e institucionales – que los autores engloban en el concepto de *conocimiento social*– que sostienen al nuevo capitalismo. A partir de esta pregunta, el tema se va concretando hasta centrar la mirada en los efectos que la consolidación de la sociedad del conocimiento tiene en el mercado de trabajo, las organizaciones empresariales y la estructura social.

El libro transita al compás de dos recorridos de indagación teórica que se entrecruzan. Uno lento, pero continuado, donde se examina la evolución histórica del conocimiento social desde el capitalismo industrial hasta el capitalismo financiero, y otro de carácter más concreto que, apoyándose en investigaciones empíricas, permite estudiar en profundidad las consecuencias de esta mudanza en la Unión Europea.

Estas dos miradas confluyen a lo largo de los seis capítulos que componen el libro, favorecidas por dos elementos que proporcionan coherencia interna al trabajo. En primer lugar, la utilización de la perspectiva de “larga duración”, que

² Se utiliza aquí la distinción entre “pensamiento contemporáneo” y “pensamiento actual” propuesta por Manuel Cruz (2016). Partiendo de la teoría sostenida entre otros por Hobsbawm (1995), que afirma que el siglo XX finaliza en 1991 con el colapso de la URSS, Cruz denomina “a todo lo pensado con posterioridad a esa fecha ‘pensamiento actual’ para diferenciarlo del ‘pensamiento contemporáneo’ que, constituyendo el marco general de interpretación, se ve modulado en determinadas direcciones a partir del momento señalado” (p. 47).

³ Las trayectorias académicas de Ander Gurrutxaga y Auskin Galarraga reflejan un sostenido interés por analizar los procesos de cambio social y las formas culturales, simbólicas y materiales de la sociedad del conocimiento. Sus trabajos resaltan no solo las oportunidades del contexto actual, sino también sus paradojas, contradicciones y sombras.

posibilita un examen del presente teniendo en cuenta grandes períodos de tiempo y permite subrayar, sin obviar los elementos heredados, la imprevisibilidad y ruptura que suponen los procesos de cambio social:

Creemos que no es lo mismo mirar con una perspectiva temporal limitada en el tiempo y el espacio que hacerlo con la mirada del que interroga el presente con la perspectiva de larga duración. [...] La mirada histórica tradicional es revisada y sustituida por el análisis del tiempo de larga duración. Eso permite entrever que las cosas llegan a ser de una manera, pero no siguen los caminos que creíamos que seguían (Gurrutxaga y Galarraga 2017: 11).

El segundo elemento que ofrece cohesión al texto es la tesis principal del libro, que sobrevuela constantemente el texto, a saber: que las transformaciones productivas y tecnológicas no son suficientes por sí mismas para generar y consolidar en el tiempo un determinado sistema de organización socio-económica. Necesitan dotarse y desarrollar culturas, valores, símbolos, prácticas e instituciones que den sentido, legitimidad y seguridad a dichos procesos. Este planteamiento, que se aleja del determinismo económico y el imperativo tecnológico, toma como punto de partida la interpretación de Max Weber del sistema capitalista moderno, sintetizada, entre otros, por autores como García Blanco (2005):

Como forma social, el capitalismo moderno representaba, para Weber, la racionalidad formal/instrumental como filtro o criterio para la selección social de los cursos de acción. Pero, para que ello fuera posible, nos dice Weber, fue imprescindible el desarrollo de un 'espíritu' capaz de convertir la búsqueda incesante del beneficio, de la rentabilidad, en un fin en sí (p. 43).

Weber orienta la mirada, obliga a pensar los sistemas económicos atendiendo a los marcos culturales, morales y motivacionales que, por un lado, los hacen posibles y, por otro lado, los propios sistemas construyen. Sin embargo, el concepto de *conocimiento social* propuesto por Gurrutxaga y Galarraga para pensar el capitalismo posindustrial añade más variables a la teoría weberiana, atendiendo a las interdependencias que existen entre el conocimiento social y otros elementos de la estructura social y del ámbito político-institucional – reflejada, por ejemplo, en la idea de *entornos de innovación*– imprescindibles para comprender el surgimiento, el éxito y el modelo de sociedad que generan las 'Fábricas del futuro'.

El primer recorrido en el libro, el análisis histórico, se centra en el papel jugado por el conocimiento social desde la Revolución Industrial de 1760-1830 hasta la etapa actual, que los autores denominan, siguiendo a Rifkin (2011), *tercera revolución industrial*⁴. De forma necesariamente resumida, las mutaciones del capitalismo en este período histórico se pueden condensar en este hecho: la pérdida progresiva de centralidad de la fábrica como elemento configurador del sistema capitalista.

La fábrica ha perdido peso como unidad de producción, pero también ha dejado de ser la metáfora principal que representa al sistema capitalista. Es aquí donde toma forma, nítidamente, la hipótesis principal del libro, alrededor de la cual se descubre cómo los significados otorgados al conocimiento social a lo largo de la historia han contribuido a modificar la dimensión material y simbólica del empleo. Fundamentalmente, se pueden distinguir dos etapas claves.

En la primera, que englobaría la ‘edad de oro del capitalismo’ (1880-1920) y el período fordista-keynesiano, tiene lugar, por decirlo con Castel (1995), la transición desde la relación salarial dominante en los inicios de la industrialización, la relación salarial proletaria, hasta la relación salarial moderna o “fordista”⁵. Para los autores, fueron tres los principales reformadores del conocimiento social en esta etapa. Taylor, que desarrolla la organización científico-racional del trabajo, sustituyendo la aportación personalizada del trabajador por procedimientos establecidos que dividen, miden y fijan sus tareas; Ford, que convierte a los propios obreros en consumidores de la producción en masa, vinculando así producción y estilos de vida (Castel 1995: 280); y Mayo, que introduce la preocupación por las relaciones sociales en el interior de la fábrica y

⁴ Para los autores, las características más significativas en términos socio-económicos de esta *tercera revolución industrial* son: “1) reconfiguración de la economía, pasando de la producción al conocimiento; 2) el valor de las aplicaciones tecnológicas; 3) el peso de la información; 4) la revolución de las comunicaciones; 5) el papel que adquiere la industria del consumo; 6) la tensión entre seguridad y libertad; 7) los registros de incertidumbre en sociedades denominadas de riesgo” (p. 13).

⁵ Robert Castel, en *La Metaformosis de la cuestión social* (1995), puntualiza que, más allá de la utilidad como tipo ideal de la categoría de ‘fordista’ para definir la relación salarial moderna, hay que tener en cuenta, si se quiere construir una definición rigurosa, las diversas situaciones salariales reales en la modernidad. Según Castel, “la posición purista es imposible de sostener con rigor, incluso para la época moderna, pues la relación estrictamente ‘fordista’, con cadena de montaje, medida rigurosa de los tiempos, etcétera, siempre fue minoritaria, aun en el apogeo de la sociedad industrial (p. 274).

sus efectos en la productividad, elaborando el marco de referencia necesario para pensar los conflictos laborales no como el resultado de las condiciones de trabajo, sino como problemas de gestión que imposibilitan “planificar la producción en el marco de mercados estables” (p. 95). La conflictividad se presenta, entonces, como un problema, y la política de relaciones laborales intenta prevenirla y reducirla a través de la institucionalización de las demandas laborales (p. 95)⁶.

La segunda etapa clave en la evolución del sistema capitalista surge tras las crisis económicas que tienen lugar a finales de la década de 1960 y comienzos de la década de 1970, que ponen en tela de juicio el modelo fordista-keynesiano. Se cuestionan la intervención del Estado en la economía y la rigidez de la organización *taylorista* del trabajo por su deficiente respuesta a la inestabilidad y a las variaciones de las demandas de los mercados (Martín Artiles 1999). La reestructuración productiva de la década de 1980 pone el foco en la rígida, jerárquica y racional empresa fordista, la cual sería sustituida por organizaciones empresariales cambiantes (Harvey 1998)⁷, basadas en la descentralización productiva, nuevas formas de organización de la fuerza laboral basadas en la flexibilidad, y, por último, una gestión empresarial que tendría en cuenta la complejidad y la incertidumbre.

El conocimiento social que sustenta esta segunda etapa, que llega hasta nuestros días, gira en torno a tres pilares: innovación, creatividad y emprendimiento. La reorganización de la producción y el trabajo, resultado de la respuesta empresarial a la rigidez de la empresa moderna, tiene dos objetivos principales: incorporar y optimizar al máximo posible los avances tecnológicos y, por otro lado, adaptarse a las situaciones de incertidumbre y cambio acelerado (Martín Artiles 1999). El conocimiento social, como explican los autores, se convierte, nuevamente, en un elemento imprescindible para completar y legitimar la nueva revolución industrial. En efecto, las bases culturales del nuevo capitalismo cambian y se ajustan a las necesidades de las transformaciones productivas, organizativas y tecnológicas. Las nuevas organizaciones empresariales deben ser creativas, flexibles, adecuarse a los cambios y tener capacidad de innovación. Por

⁶ Aunque los autores no lo desarrollan, hay que tener en cuenta la importancia del movimiento obrero y los sindicatos de clase en la incorporación de la negociación colectiva en las empresas del capitalismo moderno.

⁷ Citado por Gurrutxaga y Galarraga (2017). En esta revisión por la evolución del conocimiento social en el capitalismo, los autores no entran en las posibles disputas y conflictos en torno a la implantación e institucionalización de un cierto tipo de conocimiento social en detrimento de otro tipo de conocimiento social.

su parte, el trabajador pasivo y genérico del fordismo, sale de la cadena de montaje y se le requiere implicación, responsabilidad, liderazgo, trabajar en equipo, dominar los recursos tecnológicos, tener iniciativa y flexibilidad. Es el retorno del individuo weberiano, que estaba secuestrado en la fábrica confundido entre la masa de trabajadores. Debe recobrar el espíritu, la creencia, pero la llamada del deber cambia, ya no es una “misión impuesta por Dios” (Weber 1988: 81), ni el resultado de las contrapartidas en forma de derechos, prestaciones y participación en la vida social –educación, vivienda consumo, ocio– del modelo fordista-keynesiano. No, ahora están en juego su identidad, su estatus y su marca personal. En la nueva ética posindustrial, no importa tanto el cuánto (salario) ni el cómo (condiciones), sino el dónde (empresas y entornos). Es, lo que los autores denominan, “Ideología Silicon Valley” (p. 191-198).

Una vez finalizado el recorrido histórico por la evolución del conocimiento social en el capitalismo, lo siguiente que proponen los autores es echar pie a tierra y otear, como escribe Owen Jones (2012), “el paisaje después de la batalla”⁸. Fijan la mirada, principalmente, en la Unión Europea, puesto que el contexto europeo es uno de los escenarios donde se observa con mayor claridad las secuelas de los cambios tecnológicos, culturales e institucionales del sistema capitalista.

Tomando como objeto de estudio la Europa del siglo XXI, examinan –eso sí, sin detallar de qué forma estos cambios han podido tener intensidades, ritmos y tensiones diferentes en cada país– los nuevos modelos de sociedad, mercado laboral y economía que produce y reproduce, en conexión con otros factores, un tipo de conocimiento social específico, dominado por las ideas de innovación, flexibilidad, creatividad y emprendimiento.

Las principales conclusiones de Gurrutxaga y Galarraga con respecto a la sociedad del conocimiento en Europa siguen la línea crítica, planteada por autores como Ibáñez y Ortí (2010: 43). Esta línea teórica profundiza en los desajustes sociales provocados por la estrategia de la Unión Europea, que apuesta por el conocimiento y la innovación como única vía posible para poder competir en la economía global preservando el modelo social, pero que otorga al mercado, siguiendo la pulsión desreguladora dominante en la actualidad, la responsabilidad de proporcionar equilibrio social. En *Fábricas del futuro*, se analizan con bastante detenimiento los procesos de polarización laboral, exclusión social y las nuevas divisiones sociales que esconden los discursos en torno a la *Europa del conocimiento*.

⁸ Citado por Gurrutxaga y Galarraga (2017).

La desigualdad, la fragmentación y la periferización circulan por la misma autopista de la creatividad, la innovación, el emprendimiento, la individualidad hedonista y gozosa, la flexibilidad y la adecuación al cambio. La división social que provoca estar en la zona alta de la revolución digital no puede obviar que el empleo, el trabajo, la formación y el acceso a un tipo u otro de empleo fracturan las sociedades. [...] Lo que describe la revolución digital y cita la innovación tecnológica no son sociedades armónicas e integradas, cosidas con vínculos sociales densos bien trabados y definidos, sino sociedades mal cerradas, fragmentadas, tanto en un grupo como en otro, amenazadas por falta de expectativas y, sobre todo, por la carencia de oportunidades (p. 202).

Al final del recorrido, el paisaje no puede ser más desolador: “Las ideas de flexibilidad, innovación, riesgo o adecuación al cambio promueven y legitiman la fragmentación social del empleo” (p. 203) o con otras palabras acaso más rotundas y claras: “La conclusión es que el idea cultural es perjudicial para muchos individuos” (p. 192).

Sin embargo, y es este uno de los méritos del libro, los autores no rechazan per se la “caja de herramientas” o ideas que promueve la sociedad conocimiento para afrontar el presente y el futuro. Apuestan por un conocimiento social complejo, que incorpore las “consecuencias indeseables” que genera el capitalismo posindustrial, someta a reflexión crítica las narrativas dominantes sobre el éxito y promueva estrategias para resolver las contradicciones culturales de nuestro tiempo. Según su punto de vista, solo un conocimiento social que priorice la igualdad de oportunidades, los vínculos sociales y que vuelva a llenar de sentido, experiencia de continuidad y futuro a los perdedores del capitalismo creativo, puede avalar, legitimar y asegurar el valor del conocimiento tecnológico. A tal objetivo, proponen una serie de recomendaciones, que se pueden resumir en el siguiente eslogan: “si quieres vivir mejor invierte en investigación, educación y empleo, construye sociedades civiles y formas institucionales basadas en buenas prácticas” (p. 154)⁹.

En definitiva, lo que Gurrutxaga y Galarraga plantean en *Fábricas del Futuro* es pensar el tiempo actual como una combinación de temporalidades o, por decirlo

⁹ De hecho, se podría pensar que la utilización de la formulación *Fábricas del futuro* para describir los entornos laborales presentes y venideros es un recurso para devolver parte del imaginario de solidez, seguridad y racionalidad de la industria tradicional a la industria 4.0.

con Foucault (2014), como una *heterocronía*. Esta perspectiva les permite, siempre alrededor de la fábrica como metáfora que encierra en un mismo concepto el pasado y el futuro, trazar varios recorridos que superan la dicotomía del tiempo lineal, descubriendo, en consecuencia, dos dinámicas cruciales para comprender nuestro tiempo. En primer lugar, que muchos de los elementos del pasado industrial siguen vivos en el presente, aunque lo hagan ensombrecidos por una atmósfera lúgubre y de desincronización que recuerda más al astillero que describiera Onetti que a la empresa fordista. Sin tener en cuenta esta realidad, difícilmente se podrán construir sociedades futuras integradas. Y en segundo lugar, que la idea de presente, ante la aceleración intensa del tiempo en el mundo actual, entra en crisis, obligando a los entramados conceptuales que nos permiten estudiar el contexto actual y a nosotros mismos incorporar el cambio social.

Es precisamente el diálogo con la tradición teórica del cambio en sociología lo que convierte a este libro en un trabajo que posibilita la comunicación científica, evitando, como critica Moreno Pestaña (2004), “poner el contador científico a cero”. Pero el estudio del cambio que proponen los autores no es un dar cuenta sin más, sino una revisión crítica del cambio a lo largo de la historia que cuestiona a quién benefician y perjudican los procesos de cambio histórico, y que, además, nos recuerda aquel cuento breve e irónico con el que Augusto Monterroso, en *Lo demás en silencio* (2013), matizaba a Heráclito: “Cuando el río es lento y se cuenta con una buena bicicleta o caballo sí es posible bañarse dos (y hasta tres, de acuerdo con las necesidades higiénicas de cada quien) veces en el mismo río” (p. 167).

BIBLIOGRAFÍA

- BAERT, P. y SILVA, F. C. (2010): *La teoría social contemporánea*. Madrid: Alianza Editorial.
- CRUZ, M. (2016): *Ser sin tiempo*. Barcelona: Herder.
- CASTEL, R. (1995): *La metamorfosis de la cuestión social*. Buenos Aires: Paidós.
- FOUCAULT, M. (2014): “Los espacios otros”, *Fotocopioteca* 43, pp. 5-10.
- GARCÍA BLANCO, J.M. (2005): “Reflexiones sobre teoría y método de La ética protestante y el espíritu del capitalismo”, en Rodríguez Martínez, J. (432oord..) *En el centenario de La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Madrid: CIS.

- IBÁÑEZ, R y ORTÍ, M. (2010): “La desregulación de la relación salarial y el retorno de la condición obrera en Europa”, *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*, 112 2010/2011, pp. 43-58.
- MARTÍN ARTILES, A. (1999): “Organización del trabajo y nuevas formas de gestión laboral”, en Miguélez, F. y Prieto, C (dir. Y 433oord..) *Las relaciones de empleo en España*. Madrid: Siglo XXI.
- MARTÍN CRIADO, E. (2013): “Cabilia: la problemática génesis del concepto de habitus”, en *Revista mexicana de Sociología* 75 (1), pp. 125-151.
- MONTERROSO, A. (2013). *Lo demás en silencio*. Madrid: Cátedra.
- MORENO PESTAÑA, J.L. (2004). “Lo que es tan difícil como raro: la sociología de un luchador contra su tiempo”, en Alonso, Martín Criado y Moreno Pestaña (eds.) *Pierre Bourdieu, las herramientas del sociólogo*. Madrid: Fundamentos.
- RAMOS, R. (1994): “Del aprendiz de brujo a la escalada reflexiva: el problema de la historia en la sociología de Norbert Elias” *REIS*, 65, pp. 27-54.
- RITZER, G. (1993): *Teoría sociológica clásica*. Madrid: McGraw-Hill.
- WEBER, M: (1988): *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Barcelona: Península.

Miguel Ángel Sánchez García
Universidad de Murcia